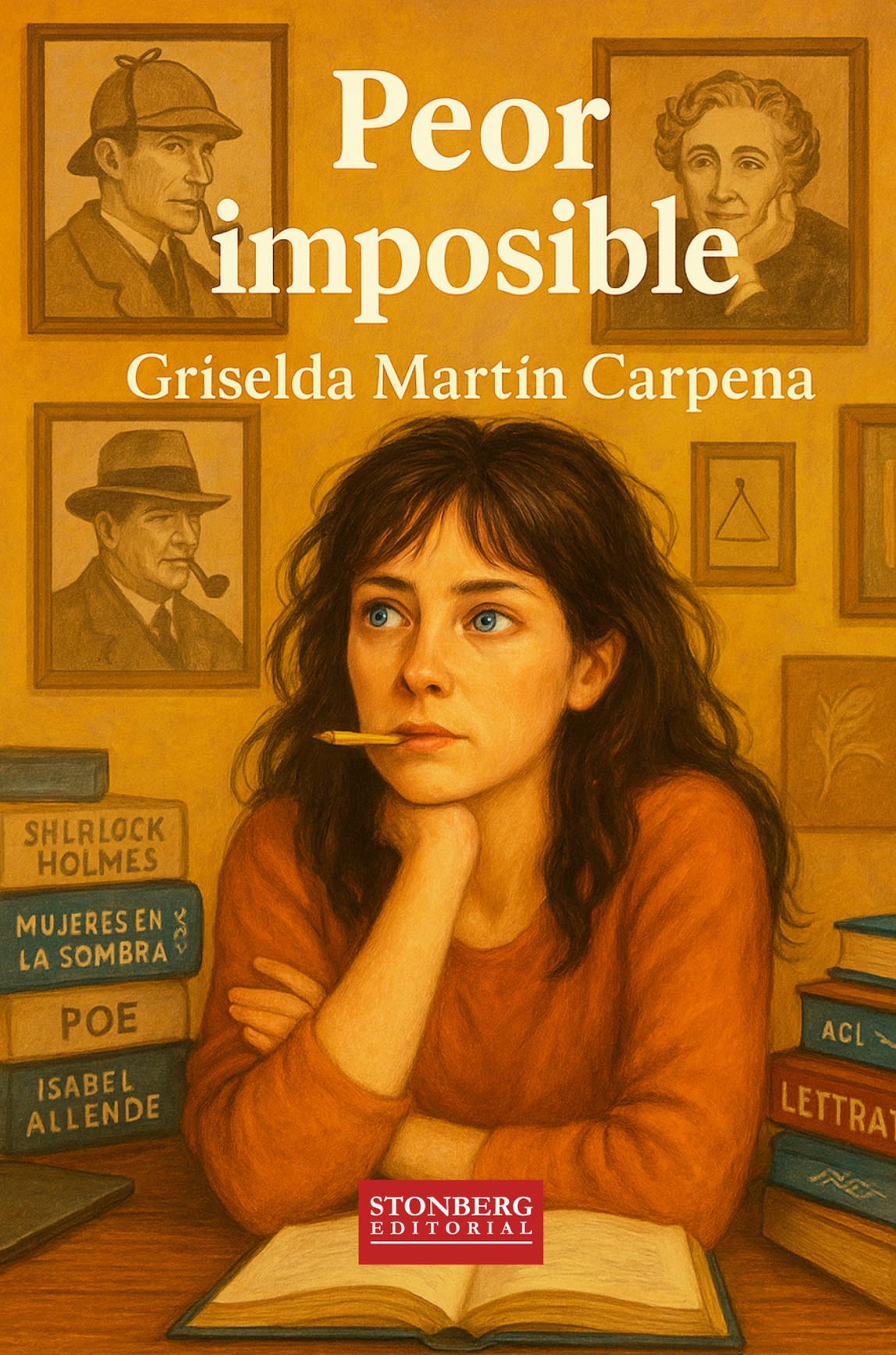


Peor imposible

Griselda Martín Carpena



STONBERG
EDITORIAL

PEOR IMPOSIBLE

Griselda Martín Carpena

STONBERG
EDITORIAL

Primera edición: septiembre 2025

© Griselda Martín Carpena

© de las características de esta edición: Stonberg Editorial
Gran Via de les Corts Catalanes 636 - 08007 Barcelona (Catalunya)

Tel. 933 175 412

stonberg@stonbergeditorial.com

www.stonbergeditorial.com

ISBN: 979-13-990144-7-1

DEPÓSITO LEGAL: B 16974-2025

Ninguna parte de esta publicación,
incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida,
almacenada o transmitida de ningún modo ni por cualquier medio,
ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico,
de grabación o fotocopia
sin el permiso previo de la marca editorial.

A Gris y a Carles,
porque aun en la duda hay luz;
Que nunca olvidéis que vuestros sueños son alas,
y que, como Pru, podéis volar
aunque el viento sople en contra.

1. NADA RESULTA MÁS ENGAÑOSO QUE UN HECHO EVIDENTE

Como una bella durmiente desaliñada, boca abajo en la cama y con su larga melena esparcida y enredada sobre la almohada, Pru duerme, profundamente, como si estuviera muerta. Sara, su compañera de piso, la zarandea, pero no se mueve. Te van a echar del tanatorio, le grita.

Pero Pru se halla en otro “espacio tiempo”. Calzada con botines negros de tacón y vestida con un elegante conjunto, que jamás soñaría en ponerse, se adentra en las tinieblas de las calles desiertas de Londres.

Una voz conocida parece llamarla, pero no quiere escuchar y acelera el paso. Nimiedades, se dice. Ya pensará más tarde, si es que lo recuerda.

Hoy conocerá al maestro y Pru es incapaz de contener la emoción que siente. Nerviosa por el encuentro, se ha despertado pronto y tras tomar dos tostadas untadas con mermelada de fresa ha salido a la calle. La ciudad le ha parecido extraña, desdibujada, silenciosa y, a pesar de ello, radiante de entusiasmo, se ha camuflado entre la bruma de la ciudad.

Pasea con el porte erguido a pesar del dolor que le producen los apretados y puntiagudos puñeteros botines negros que, seguro, le llagarán los pies. Disimula la molestia y se los mira con extrañeza. No entiende qué hace con ese tipo de calzado. Siempre usa zapatos cómodos que se adaptan a sus talones valgos y a los pies con exceso de puente. Ni tan siquiera recuerda cuando se los compró, pero,

ciertamente, concluye dando fin a sus dudas, son los idóneos para la cita que le espera y, sobre todo, para la época, en que parece ser, está inmersa.

El sol, que tímidamente la despertó por la mañana, se ha vuelto a esconder, y nubes grises ya han empezado a descargar una lluvia fina y constante que la está empapando. Casualmente, lleva un pequeño paraguas. Lo abre e intenta que el agua no desmorone las falsas ondas del cabello que, con paciencia, su amiga Sara le ha moldeado con unas tenacillas.

Pero... ¿Qué hace con esas faldas largas con las que va barriendo las sucias calles de Londres? La pregunta es tan solo una duda sin importancia. Le extraña, pero no le preocupa. Ella se encamina a su meta.

Acelera el paso. Todo son insignificancias y decide que ya pensará más tarde. Lo esencial es que tiene una cita a las cinco de la tarde con el maestro, con su admirado Sherlock Holmes. Hoy es un día fantástico, a pesar de la lluvia, de los tacones incómodos y de toda esa ropa que no sabe de dónde ha sacado.

Llega a Baker Street y cuando tiene delante el rótulo del 221B se estremece. Ha llegado el momento ansiado durante toda su vida. Debe mantener la calma, se dice, pero un torbellino que no puede controlar se instala en su cuerpo y su mente.

El tic del ojo izquierdo, como si disfrutara de vida independiente, se empieza a desbocar como un caballo salvaje. Se masajea el párpado, toma aire, se pellizca las mejillas y, manteniendo un porte casi digno, toca el timbre.

Observa su mano, pulsando una cabeza de león que debe ser un picaporte que avisa de su llegada y, de nuevo, se queda perpleja ¡Lleva guantes!

¿Desde cuándo se pone guantes que no sean de lana negra y con los dedos al aire?

Una señora abre la puerta mientras Pru continúa observando sus manos enfundadas en guantes de fina tela.

—Buenos días. ¿La señorita Prudence?

—¿Señorita Hudson? —exclama Pru, olvidándose de los guantes—. Es igualita a la imagen que tenía de usted. Es tal y como siempre la he imaginado.

—El señor Holmes la espera. Ya puede pasar.

Y con una sonrisa, el ama de llaves del maestro, la invita a entrar en la vivienda.

La señorita Hudson acompaña a Pru hasta el salón de la primera planta y le ofrece asiento en un sofá tapizado en tela de color caramelo que hay enfrente de la chimenea.

Pru se siente como una colegiala que acaba de entrar en el despacho del director. Saca de su carpeta forrada con pegatinas de conjuntos musicales una libreta con las hojas en blanco. Agarra fuerte con su mano derecha un bolígrafo de punta fina. Ya está preparada para absorber y tomar notas sobre todo lo que el maestro le aconseje. No le defraudará, será una nueva Irene Adler, una perfecta detective asesora.

No puede mantenerse sentada y quieta. El tic del ojo se ha asociado con un movimiento incontrolable de las piernas. Se levanta y se acerca a la biblioteca. Quizás caminando relaje esos nervios que siempre la traicionan. Los libros tienen un color intenso en sus lomos, observa, y el fuego de la chimenea parece brillar de una forma nada usual. Recuerda las películas en formato tridimensional que no encajan en el espacio-tiempo que está viviendo.

—¿Tiene frío, señorita Prudence? Está usted empapada.

Pru se gira y escucha un grito. Es su voz, aunque no cree haber emitido ese ruido estridente.

—Doctor Watson. Qué alegría verle en persona. Su imagen ha sido siempre una extrapolación de los libros y películas.

Con los ojos abiertos como un búho, se acerca a mirarlo. Le observa como si fuera una aparición.

—Es igual, igual a la imagen que tenía en mi mente.

—Muchas gracias, señorita Prudence. Holmes me ha dicho que le transmita que vendrá enseguida. Póngase cómoda. La señorita Hudson le traerá un té.

Pru no puede articular palabra. Tiene delante a Watson, al auténtico, al compañero y confidente de Holmes.

—Me tengo que ausentar por cuestiones profesionales. Encantado de conocerla.

Pru gesticula sin ser capaz de articular sonidos y se sienta mientras observa cómo Watson desaparece en el mismo momento en que la señorita Hudson se presenta y deposita un juego de té en la mesilla auxiliar que separa los dos sofás que hay en la sala.

—Coma una galleta, señorita, son las preferidas del señor.

Pru obedece y tras dar el primer bocado a la crujiente galleta, una gama de sabores, que nunca ha experimentado, la hacen sentir distinta, voluble, como una de esas nubes que cubren el cielo de la ciudad. Las paredes color granate del salón oscilan, se desdibujan. Vuelve a morder la galleta que parece aumentar de tamaño por momentos. Es tan grande que no la puede sostener con las dos manos, y el sonido de su masticación se convierte en notas de violín.

Una espesa niebla oculta la habitación. Desaparece la sonriente señorita Hudson. Pru quiere gritar y no puede. Como un pez fuera del agua, abre y cierra la boca. Aspira la niebla y poco a poco se va dispersando. Desaparece.

Holmes, fumando en pipa, la observa desde el otro sofá.

¡Es él, es él!

Su ídolo, su héroe, su maestro la está observando. Es el momento que siempre ha esperado. Tiene que aprenderlo todo, absorber como una esponja su método lógico, sus teorías de observación y todas las técnicas que la ayudarán a solventar los casos más peliagudos que se le puedan plantear a lo largo de su carrera.

Holmes sostiene una pipa en su mano y tras exhalar una bocanada de humo y observar cómo las volutas ascienden formando aros perfectos que se entrelazan en lo alto del techo, carraspea y habla de forma pausada.

—Nada aclara tanto un caso como exponérselo a una persona.

Pru afirma con movimientos enérgicos de cabeza. Muerde la punta del bolígrafo y anota las frases en la libreta.

—Elemental, mi querido maestro.

Holmes, arqueando la ceja, observa el cuaderno de Pru.

—Anote, anote señorita: Nada resulta más engañoso que un hecho evidente. Y le diré una sentencia aún más obvia: No hay nada más estimulante que un caso donde todo está en tu contra

Pru se saca el bolígrafo de la boca y, mientras entorna los ojos, escucha sus propias palabras: todo en tu contra. Todo en tu contra.

—Cuando eliminas toda solución lógica a un problema, lo ilógico, aunque imposible, es invariablemente lo cierto. Y ahora —continúa Sherlock—, ya que conoce mis datos, aplíquelos.

Sin perder un ápice de compostura, el detective toma el violín que descansa en una mesa auxiliar. Se dispone a tocarlo.

Pru, abrazando su libreta, repleta con las notas que ha tomado del maestro, le observa atenta y con la expresión de una niña va a abrir la caja de un regalo misterioso.

Suena una música, notas que nada tienen que ver con el instrumento preferido del detective. Es Heavy Metal...

Sherlock y Pru se miran con expresión de extrañeza en sus rostros. Ella observa su libreta y se da cuenta que es la música que interpreta el conjunto cuyas pegatinas la decoran.

La cara de Holmes se distorsiona. La primera planta de la casa de Baker Street se convierte en una espiral donde los muebles y las paredes revolotean cambiando de forma.

Solo la verdad nos hará libres, grita Pru.

Ahora, empieza la acción, dice el maestro.

Pru, Pru, Pru.

Pru, Pru, Pru, repite una voz conocida.

Una mano estira de su vestido y ella se resiste. Intenta agarrarse al brazo del sofá, pero su cuerpo flota, se aleja del escenario como una mariposa alelada. Estira los brazos, alarga sus dedos como si fueran de plastilina. El sofá no es denso, es tan solo una forma sin volumen, es transparente, se desvanece. Pru pierde el equilibrio. La absorbe una espiral de colores que la arrastra hacia una potente luz. El sonido de una voz familiar es cada vez más cercano. La voz es la luz.

Pru.

Pru.

Pru.

2. DEL PAPEL A LA REALIDAD

Pru abre los ojos, se retira unas finas legañas y la visión de los pósteres de Holmes, de Maigret y de Ágata Christie que empapan las paredes, los estantes repletos de libros, la ropa arrugada y el portátil abierto en el suelo, le marcan la evidencia de que está en su habitación y no en el saloncito de Holmes, el maestro. Sara, maquillada, bien peinada y vestida a la última, la zarandea.

—Pru, Pru. Que te has vuelto a dormir. Es la segunda vez esta semana. Espabila, chica.

Se gira hacia la voz de su amiga y, de nuevo, se refriega con fuerza los parpados. A través de los ojos entreabiertos, observa la imagen de Sara. Sí, piensa, he vuelto a la realidad. Qué triste me siento.

—Perderás el trabajo. Patricia te va a echar del tanatorio. Aunque si es lo que prefieres, sigue dándole motivos.

—¡Patricia, qué mal rollo! Mejor que siga durmiendo.

Y vuelve a taparse la cara con la almohada.

Sara, le pasa una taza de café y, tras apartar una blusa azul arrugada, se sienta en la cama.

—¿Esta blusa no es la que me compré el otro día? —frunce el ceño, mientras observa la prenda—. Habla con ella y dile que te arregle un despido. Y la ropa, por cierto, al menos me la pides.

—Esa bruja no hará nada por mí. Me odia. No quiero hablar con ella. Me pone nerviosa.

—No seas niña, Pru. La gente se entiende si habla con tranquilidad.

—No conoces bien a esa mujer. Prefiero que me eche —toma el café a sorbos, con los ojos cerrados—. Aunque... me hace falta la pasta.

—Pues como no te espabiles, hoy has conseguido tu objetivo: en la calle, pero sin un euro.

Sara se levanta de la cama y, antes de salir de la habitación, observa el entorno y mueve la cabeza en señal de desesperación.

—Es tu espacio, no tendría que meterme, pero no sé cómo puedes vivir entre tanto desorden.

Pru sale de la cama sin contestar. Su amiga tiene razón y no encuentra argumentos para rebatirle. Sería como contradecir una evidencia como que el sol sale por la mañana. Aunque la realidad es que se mueve la tierra y no el sol. Todo es discutible... Pero, no, no tiene ganas de llevarle la contra y menos a esas horas de la mañana. Callada y bostezando, vestida con una camiseta de rayas y unas mallas negras, con el pelo alborotado y arrastrándose como un espectro se dirige al baño.

Acudir cada día al tanatorio desde hace diez años no le alienta a comenzar el día con alegría. Cuando entró como azafata, con la cabeza repleta de historias detectivescas, leídas a ritmo desenfrenado desde su adolescencia, pensó que formaría parte del mundo de sus protagonistas de novela negra, detectives que como sabuesos siguen pistas que les llevan al desenlace final, a la captura de los malvados, de los corruptos, de los seres insensibles que siembran la vida de maldad, pero, no, la realidad es mucho más gris que la ficción, y más enrevesada. Los malos, corruptos e indeseables suelen alcanzar la cima del poder, controlan el mundo, y las soñadoras como ella trabajan a las órdenes de brujas amargadas. Cada mañana se despertaba con aquellas ideas en la cabeza. Se estaba mutando en un ser amargado en el que no se reconocía. Pero no sabía qué hacer, qué camino tomar. Se dejaba arrastrar por la inercia.

La monotonía y el protocolo, y no las aventuras, eran la base de su trabajo, de ese trabajo que ella esperaba que se convirtiera en un trampolín para adentrarse en el mundo de sus lecturas. Del papel a la realidad. Ese era su sueño, ser una detective que llegara al fondo de las tramas más oscuras, solventarlas y equilibrar el caos. Las técnicas las conocía, tan solo precisaba una oportunidad.

Por el contrario, los llantos desconsolados por la muerte de seres queridos y las despedidas de cortesía eran la única verdad de todo aquel tinglado que se sostenía con la muerte, con la ausencia del mañana. Su presente no tenía nada que ver con el futuro que imaginaba aquella joven de veintidós años cuando firmó el contrato en la empresa.

Deja caer el agua tibia sobre la cara. El agua la despierta y, de forma suave, la devuelve al mundo real. Quizá Sara tenga razón y será un acierto pedir cita con Patricia, su estirada jefa, y le haga entender que un despido improcedente es lo mejor para las dos. Podría cobrar el subsidio de desempleo durante unos meses, y en ese tiempo se dedicaría a pensar en cómo encauzar su vida. Patricia disfrutaría con no volverla a ver. Ganarían las dos con el trato.

Se dispone a darse una enjabonada rápida en el pelo, cuando a través del sonido del agua le parece escuchar la voz de su amiga, nombrando a uno de sus admirados escritores contemporáneos.

—¿Entrevistas a Vicente Caribán? —pregunta a gritos y sacando la cabeza del baño con el cabello chorreando de agua.

Sara le hace un gesto con la mano para que calle y se aparta para seguir hablando a través del móvil.

—Sí, Luci. Perfecto. Llegamos un poco antes. Sí, a las siete empieza la presentación. No te olvides de nada.

—¿Esta noche? —insiste Pru, envuelta en una toalla—¿Cómo no me has avisado?

—Sí, pesada. No, a ti no te lo digo, Luci, se lo digo a Pru que me está preguntando no sé qué. Sí, ella también vendrá. Ya os veréis. No sufras —comenta Sara por teléfono—. Pasa por la radio y recoge el equipo. No te olvides.

Desconecta el móvil y dice: ¡vaya par que me he buscado, por Dios! Encima se adoran.

Se pone los pantalones tejanos que la noche anterior había dejado para lavar. De forma sigilosa, entra en la habitación de Sara y saca de un cajón un jersey de color beige. Se pone la chaqueta, se cuelga el bolso del hombro y, antes de salir de casa, se asegura de que lleva dentro la novela que está leyendo.

En el ascensor, mirándose en el espejo, se pinta una fina línea negra en los párpados inferiores. Esta noche puede ser mágica, Pru, le dice a la imagen invertida que le sonrío. ¿A ver cómo nos las arreglamos para llegar a tiempo a la presentación y explicarle a Vicente nuestros planes? Déjalo todo en mis manos. Le da un beso al espejo y deja la huella del carmín que lleva en los labios.

Como una liebre descontrolada, se marcha corriendo hacia el tanatorio.

¿Le digo a la bruja que no me ha sonado la alarma debido a un apagón de luz?

Tal vez sea mejor que le cuente que mi compañera de piso ha sufrido una apendicitis y que vengo directamente del hospital.

Entraré por la cafetería de la funeraria y con suerte ni se entera de que llego tarde. Eso haré, se dice, una vez se encuentra delante del edificio gris destinado a las últimas despedidas.

Quizá esta noche consiga subir el primer peldaño que me lleve un día a poder acariciar las nubes, piensa, mientras se cuela silbando por la puerta de la cafetería del tanatorio. Garbanzos estofados, lee en el menú que escrito con tiza blanca y en letra gótica se anuncia

PEOR IMPOSIBLE

en la pizarra que hay en la escalera. Y yo sin desayunar. Luego me escapo y tomo un cortado y algo sólido, decide.

STONBERG
EDITORIAL
